

Cipe Lincovsky en Madrid

EN el sostenido éxito de Nacha Guevara y ahora en los elogios y aplausos a Cipe Lincovsky, se asume un complejo fenómeno artístico e histórico. En el plano puramente formal, casi podría decirse que nuestro público acaba de descubrir un género teatral, un tipo de comunicación, sobre el que Madrid ha visto bien poco. Me refiero al "Kabaret" —y hay que ponerle esa K alemana para que nadie lo confunda con las variedades de nuestras salas de fiesta ni con las nuevas comedias porno de los cafeteatro—, con sus elementos críticos y su lenguaje específico, mezcla de muchas cosas, pero, a su vez, dotado de una unidad laboriosamente conquistada en las últimas décadas. Su poética es algo más que un "collage": las piezas acaban diluyéndose en una propuesta global, cuyos valores —el humor, la crítica, cierto sentimentalismo, etcétera— encuentran en un tipo de música, de texto, de luz y de fantasmagoría visual el orden artístico que nos permite hablar de la existencia de un género.

Esto dicho, es obvio que en esa vía caben muchos desarrollos distintos. Así, de entrada, es evidente que tanto en Nacha Guevara como en Cipe Lincovsky domina una constante bonaerense. Son dos artistas de Buenos Aires y de ese medio proceden una serie de claves, de imágenes, de guiños y de vivencias que alimentan su relación y su complicidad con los espectadores. Ahora bien, establecido ese punto común en su identidad, la diferencia entre ambas es notoria. En el lenguaje de la Guevara, la canción ocupa un lugar fundamental; en el de la Cipe Lincovsky, un lugar secundario. La primera nos hace pensar más en el "music-hall": la segunda, en el arte dramático. Lo mejor de Nacha es el vigor y la imaginación con que sostiene su recital de punta a cabo; lo mejor de Cipe, determinados momentos en que su sinceridad y su capacidad dramática exceden del juego general de su espectáculo.

Los artistas odian las comparaciones, pero quizá ésta debíamos hacerla, procurando eliminar lo de "mejor" o "peor", para ayudar a nuestros lectores en la respuesta a una interrogación prácticamente inevitable.

Abordado el punto de las características artísticas, habría que dedicar unas líneas al de la significación del fenómeno. Tema éste inseparable del anterior, porque la comunicación artística se da siempre dentro de unas determinadas circunstancias y éstas remodelan lo que el espectador siente y entiende en su butaca. No hablo de anécdota periférica, sino de realidad social. Y en ella se inscribe la actual situación política de buena parte de América Latina, de la que es expresión su multitudinario exilio y, como parte de él, la presencia de Cipe Lincovsky y de Nacha Guevara en los teatros de Madrid.

Sus espectáculos cobrarían por ello una nueva dimensión. La presencia entre el público de muchos sudamericanos, en especial de argentinos, introduciría una nota patética, merecedora del mayor respeto. Sabemos qué marea histórica ha traído aquí a estas gentes y, por tanto, cuál es el amargo significado político de su exilio. De ahí, como decía, este recondicionamiento de nuestra sensibilidad y de nuestra mente para recibir con consciente o subconsciente solidaridad lo que se erige como un testimonio.

Así, cuando, por ejemplo, Cipe Lincovsky comenta ciertos hechos de la vida contemporánea —desde el innostrado Perón, "el más grande monologista argentino", al mismísimo Referéndum—, uno siente que aquello tiene algo de terrible crónica política. No importa que Cipe introduzca los previsible materiales picantes; en última instancia, siempre son amargos, porque sientan su eficacia en el hecho de que ciertas palabras que en España son asépticas no lo son en la Argentina, o viceversa. El sentimiento de que constituimos un público invertebrado, aglutinado por



Lo mejor de Cipe son los momentos en que su sinceridad y su capacidad dramática exceden del juego general de su espectáculo.

violentas circunstancias históricas, del que unos entienden una cosa y otros otra, sin que la artista sepa exactamente a quién se dirige, es inevitable. El hecho de que el público madrileño se haya interesado tan decididamente por estas manifestaciones, pese a las gotas de snobismo que pueda haber en el caso, me parece, por lo que encierra de oscura solidaridad con todas las víctimas de la reciente historia

del Cono Sur, y por cuanto hay siempre de positivo en la curiosidad —pese a lo que opinan ciertos casticistas, una de las tragedias del teatro español ha sido la escasa curiosidad por conocer lo que pasaba fuera, con la consiguiente alternativa entre la inmovilidad y el snobismo—, un dato estimulante. Quizá ligado a los difíciles "nuevos tiempos" que empezamos a vivir... ■ JOSE MONLEON.

"Solo quiero explotar mi trabajo"

SI en el escenario Cipe Lincovsky se come el espacio que la separa del público, lo estira, lo afloja, lo manipula, lo llena de corrientes que nunca pueden dejar indiferente. Si Cipe Lincovsky

es una de las más asombrosas actrices que hayamos tenido oportunidad de ver en mucho tiempo (con María Casares como otra de las sorpresas similares: "Hay muy pocos seres en el mundo como María.